

Security 060815  
(¿Qué nos está pasando?)

La Nación de Buenos Aires de este martes trae en sus páginas editoriales, una columna titulada, “Paradojas del éxito chileno”. El columnista se preguntaba cómo, de un modelo político y económico serio y eficaz, hemos llegado a un país que parece hacer perdido el rumbo. Es inevitable. Chile no sale mucho en los medios mundiales, pero ha sido referente en muchos lugares por sus éxitos; y hoy las lupas de inversionistas internacionales y estudiosos de Chile o de países de ingreso medio, están puestas en qué nos pasó. O sea, se preguntan lo mismo que nosotros acá..

Voy a concentrarme en lo interno a Chile. No porque minimice o ignore la magnitud de las advertencias y amenazas que nos llegan desde fuera. Me motiva hablar de lo interno, porque es donde podemos y debemos intervenir, sea para abrir los paraguas cuando se anuncia tormenta china, sea para no agravar una situación internacional preocupante con conductas que nos hagan más vulnerables e inflexibles.

Lo que diré esta marcado por lo que soy. Un empresario, orgulloso de las empresas que he contribuido a crear y del esfuerzo colectivo de las grandes empresas que me ha tocado presidir. Pero también un político, preocupado por Chile y por su gente con una historia larga que se prolonga a mis tiempos de universidad, pasa por la derrota de 1973 y gracias a la capacidad de mirar también nuestras culpas pudimos, como generación, lograr la rareza histórica de volver a gobernar inmediatamente después de quien buscó eliminarnos de la vida nacional. Esta vez, para legar a Chile un país incomparablemente mejor del que recibimos.

Creo que errores graves nos han llevado adonde estamos. En Octubre de 2014 envié una carta a la bancada de diputados y la Comisión Económico Social del PS. En ella manifestaba mi preocupación por el rechazo ciudadano a las reformas educacional y tributaria entonces emprendidas y advertía que los resultados de 2015 serían peores que los de 2014, al menos para los más pobres y desamparados. Lamentablemente no me equivoqué. Erré en algunas cifras. Predije que el crecimiento sería de “un 3% o quizás menor”, hoy 3% suena a irreal música celestial. Y sobre el empleo pronosticaba que sería más precario y con tasas rondando el 8%. La tasa de desempleo ha sido menor: no contemplé que en los 12 meses hasta Junio, de los 119.000 puestos de trabajo creados, 93.000 fueran en el sector público y que de estos, casi 40.000 fueran en la administración pública. Reitero hoy: el estado no es capaz de sustituir la actividad del sector privado, tampoco tiene las holguras de 2014 y todo hace prever que las tasas de desempleo subirán. Si alguno duda, que por favor lea la entrevista al Presidente del Banco Central el domingo o el Informe de Percepción de Negocios entregado el martes pasado por el Banco Central.

Si he seguido opinando es por una razón ética, aprendida con muchos dolores y desgarros. La lealtad exige más valor para advertir lo que uno ve mal en los suyos, que en el resto. Y la militancia no es excusa para encubrir fallas o diluir a lo Fuenteovejuna responsabilidades individuales y orgánicas, más aun si un pueblo paga las consecuencias. Confieso que también quiero tener respuesta cuando alguien me interpele preguntando “que hiciste tú” o “por qué callaste tu” anteponiendo lealtades tribales a las populares y comprometiendo el juicio ciudadano sobre la capacidad de la izquierda para hacer buenos gobiernos, en especial para los más humildes y desamparados.

Hay fallas graves de diagnóstico, no solo tras esos períodos pre y post presidenciales que terminan en el cambio de gabinete, sino también de muchos de los problemas que se nos vienen. Ni empresarios ni políticos percibimos bien y a tiempo los cambios engendrados por dos decenios y medio de éxitos de Chile.

Como empresarios, no entendimos que en el Chile creado con nuestro propio concurso, no se podía seguir haciendo empresa de la misma forma. Realidades que antes eran invisibles o provocaban indiferencia, ahora se hacían intolerables, en especial en los sectores de clientela masiva o en emprendimientos con impacto en el entorno. Esta debilidad para anticipar, terminó contaminando a toda la actividad empresarial, excitando a sectores anti sistema y anti empresa, y ha estado pasando la cuenta en la reforma tributaria, en el debate sobre la reforma laboral, en la magnitud alcanzada por las trabas ambientales y en el reclamo de mayor severidad para los delitos de cuello y corbata.

La política no lo hizo mejor. La centro izquierda entendió mejor la centralidad que adquiriría el reclamo por las desigualdades, pero erró gravemente en el diagnóstico. Mientras, la incapacidad cultural de la derecha histórica para asumir una demanda de más igualdad, es razón central de su defondamiento.

Se fue configurando así un escenario de alta desconfianza en la sociedad hacia la política y la empresa. A partir de 2014, se agregan un ensimismamiento ideológico distante de la ciudadanía, una confusión precipitada de deseos con realidad, una renegación de su propia obra anterior de 20 años en parte de la NM y luego, reformas mal pensadas, mal elaboradas,

ajenas al ánimo reformista de esa mayoría que llevó a MB a La Moneda.

El fenómeno social más importante ocurrido en Chile en los 25 años previos al gobierno actual, fue que alrededor de un 30% de la población salió de la pobreza y entró a ser parte de nuestra sociedad de consumo: mayores ingresos, auto, móviles y sus redes, viajes, hijos universitarios, tarjeta de crédito, etc. Una nueva y masiva clase media emergente copó el centro del escenario, cambiando la política.

La desigualdad se transformó en el gran reclamo de la sociedad. Ella es invisible para pobres y marginales. La desigualdad es bandera de los que tienen ya algo que perder, lo temen y desean seguir ascendiendo como individuos y como familias. ¡Que le pueden interesar los intereses abusivos de una tarjeta de crédito a quien ni se imagina poder tenerla! ¡Que les importan los aranceles universitarios caros si ni en sus más locos sueños piensa que sus hijos puedan llegar a la universidad! También la desigualdad regional golpea con nueva conciencia.

Esta es la clave de la elección presidencial de 2014 y de la enorme desconfianza en empresas y partidos políticos. Este vuelco entregó a una persona, MB, toda la escasa confianza restante de la sociedad en la política.

Un error garrafal de este ciclo fue olvidar o negar que el Chile de hoy es hijo del éxito económico y político durante mas de un cuarto de siglo. La retroexcavadora ha sido imagen elocuente del sueño imposible de hacer tierra rasa del pasado. Un país que se ufanaba de sus consensos, un día amaneció escindido entre partidarios y enemigos de reformas refundacionales.

Los errores de diagnóstico tras esta lógica son mayores. Vieron los movimientos de 2011 como estudiantiles, cuando no lo eran. Los estudiantes fueron solo punta de lanza de un movimiento clasista y familiar que resentía las diferencias de calidad en la educación y veía ahogarse sus sueños de padres en costosos aranceles. Creyeron ver también en esos movimientos la demanda de “cambio de modelo” cuando la demanda era ensanchar espacios dentro del modelo. Se construyó todo un edificio ideológico en torno a ese error. Cuando la familia de la nueva clase media comenzó a alarmarse con una reforma que agredía a la escuela particular subvencionada donde estudiaba la mayor parte de sus hijos y el movimiento estudiantil se radicalizó, la “calle” de 2011 se bifurcó. Su parte estudiantil, en la misma medida de su radicalización, perdió influencia social; y la otra clasista y familiar, como reflejan las encuestas, crecientemente rechazó las reformas educacionales del gobierno que durante todo 2014 agredieron su opción educacional por excelencia.

La política se equivocó también en su diagnóstico sobre el impacto de la reforma tributaria. Era necesaria y hubo propuestas que recaudaban tanto o más que la actual, entre otras cosas por no tener impacto negativo en el crecimiento. Los empresarios estaban bastante resignados a ella.

Pero la que se implementó se equivocó con la empresa, por desconocerla. Cuando más tarde percibió las consecuencias, el gobierno se alarmó y a poco andar vimos a los mismos que descalificaban las empresas, llamándolas a una “alianza público-privada” y redestinando recursos de la reforma tributaria a intentar reactivar una economía afectada por esa misma reforma. Con un mínimo de confianza y conocimiento mutuo, de voluntad de escuchar, no hubiera ocurrido lo que ocurrió. Hoy es claro que la reforma no la han pagado solo “los

ricos” sino también, nuevamente, esa clase media emergente y así llegamos al hecho inusual de que un aumento de impuestos, justificado para mejorar la educación, su demanda más sentida, cuenta con mas rechazo que aprobación en la población. Agreguemos los oídos sordos a las advertencias sobre lo enmarañado e insoluble del nuevo armado tributario que recién ahora comienza a ser comprendido, gracias al nuevo gabinete.

Esos errores se potenciaron al persistir en ellos, atribuyendo los rechazos a meras “fallas comunicacionales” o menospreciándolos, con la arrogancia mesiánica de considerarlos pasajeros, propios de la cultura “conservadora” que resistía a la “contracultura” progresista naciente; y que era solo cuestión de tiempo para que las reformas terminaran comprendidas y aplaudidas por la gente.

También, una ceguera imperdonable hizo ufanarse al gobierno de que 2014 había terminado bien, por haber sido aprobadas dos leyes símbolos de sus compromisos: la tributaria y la educacional. La política no culmina en el parlamento sino en el juicio ciudadano y este ya rechazaba mayoritariamente las reformas antes de fines de 2014. Así llegamos a Penta, Caval, SQM, Endesa, etc.

Caval y SQM fueron grandes guindas de una torta horneada ya antes. Una política que imponía reformas que no calzaban con los anhelos de quienes habían votado por hacerlas, ni tampoco con una economía sana, se percibía ahora como corrupta, como intervenida por intereses privados y profitadora de influencias nacidas del voto ciudadano. Se entendió todo como una gran burla.

El rol de estos escándalos fue apurar el desenlace. Que los grandes empresarios financien a políticos de derecha, no es novedad para la mayoría del país. Pero los casos Caval, SQM (bajo el simbólico liderazgo de un yerno de Pinochet), el rol de Martelli y su empresa, han tenido un efecto devastador en la ya escasa confianza en la política y como dato nuevo, en la Presidenta.

Las encuestas, los escándalos, la sensación de crisis política, el deterioro de la situación económica y el malestar ciudadano creciente, forzaron un cambio de gabinete.

El tema no es menor. La Presidenta y su popularidad reputada de imbatible fue el gran pegamento para una coalición deseosa de retornar al gobierno. Su autoridad fue enorme, impuso su programa elaborado por un círculo muy cercano, designó a un equipo de gobierno cuya autoridad provenía fundamentalmente de ella y los partidos acataron. El cambio de gabinete fue para ella algo más que un rutinario cambio de nombres.

Vivimos tiempos en que se pasa la cuenta a pecados de la derecha, de la izquierda y también del empresariado. En el caso de la derecha, el pecado de casi nunca lograr que sus ideas se transformen en sueños colectivos: pareciera impenetrable a los anhelos de las mayorías. En cambio el Talón de Aquiles de la izquierda es su dificultad para hacer de los sueños colectivos realidades concretas y duraderas sin que se le desplomen los muros, o se transforme en administradora de crisis. Ninguno capitaliza las fallas del otro. Ambos, al fondo del pozo, sin alternancias.

En tanto la penitencia del empresariado es haber visto disminuir su capacidad para incidir en cambios a las reformas.

En parte por una extendida incomprensión de su rol social y estatismo propios de otras épocas. Pero también por responsabilidades propias. La autoridad empresarial de años antes, donde demandas tuyas eran entendidas como necesidades del país, hoy no se ven así. Los casos de abusos difundidos una y otra vez, así como los escándalos de facturas, pagos y tráfico de influencia con la política, generaron un clima de distancia con la empresa. La coyuntura ha transformado en sospechosos los contactos de políticos con empresarios, en especial de la gran empresa o de los gremios identificados con ellas, dañando la legitimidad y receptividad de sus reclamos.

Pues bien, dicho esto, no hay nada distinto al actual gabinete a lo cual apostar. Al país le queda darle la oportunidad de demostrar que el reformismo ciudadano y responsable de los partidos de la Concertación, sigue vivo en la coalición. La derecha no existe en posiciones de poder y nadie puede descartar que a pesar de los desaguados, sea la Nueva Mayoría u otra alternativa populista como MEO la que venga después. El futuro es suficientemente confuso como para eludir concentrarse en lo posible.

¿Tendrá éxito el gabinete? Así lo quisiera, pero no puedo asegurarlo. El rupturismo que caracterizó los 14 primeros meses no ha muerto y la elevación a rango ideológico de ese diseño, dificulta el viraje. Con todo, un polo más realista, experimentado y moderado esta hoy en el gobierno. En particular los Ministros Burgos y Valdés han dado señales de querer encauzar la crisis y reparar los daños a las confianzas. Ambos, sospechosos de claudicantes para algunos en la NM, aparecen mejor recibidos que el gabinete en su conjunto, e incluso que la Presidenta, en las recientes encuestas de opinión pública. Una muestra más de la brecha de sentidos comunes entre la sociedad y al menos parte de la NM.



Por eso creo necesario hablar ahora del cónclave de el lunes.

Ha sido algo extraño. Se anuncia un viraje con gran despliegue comunicacional, sin embargo se convoca a un cónclave para debatir sobre lo que el viraje sería. No es raro entonces que se encendieran alarmas y florecieran gallitos, declaraciones enfáticas y hasta amenazas. Esperar de él grandes definiciones no era realista. El único objetivo posible fue el planteado por el PS: que la coalición declarara cerrar filas tras la Presidenta.

Para entregarles una opinión responsable de él, he leído lo publicado, he conversado con asistentes, he tenido acceso a grabaciones de lo allí expuesto. He apreciado los guiños de cambio de la Presidenta en gratuidad y sus promesas de cambio en la reforma tributaria. Valoro las aperturas del Ministro Burgos sobre reforma laboral y su reconocimiento al rol de la inversión privada. Pero también, he conocido las palabras divergentes de los presidentes del partido, el rechazo transversal a los nuevas propuestas de gratuidad en los días siguientes, el estado de ánimo de importantes concurrentes a la salida y los silencios más elocuentes. Entre ellos, la desaparición de expresiones que marcaron el discurso del “realismo sin renuncia”, como “priorizar”, “gradualidad”. Y por cierto, aquel para mi más incomprensible, el silencio del Ministro de Hacienda. En circunstancia que se esgrimió como única razón del giro las dificultades económicas para emprender simultáneamente todas las reformas, el cónclave no consideró importante escuchar al Ministro de Hacienda.

Concluyo que se perdió una oportunidad de marcar rumbos nuevos y persisten significativas incertidumbres en todos los temas. Tampoco gusto oír declaraciones de algunos dirigentes que me recuerdan otros tiempos, cuyas consecuencias ya

vivimos como país, menospreciando el deterioro económico, indiferentes al alto déficit fiscal y proclamando, otra vez, que las reformas no pueden subordinarse a la economía, o sea, a la realidad.

Creo que la situación no es cómoda para el actual gabinete y extiende dudas sobre la capacidad de la coalición de tomar conciencia y corregir el daño que esta infligiendo a Chile, a su ciudadanía y a si misma.

Agreguemos que hay hitos inminentes de la agenda pública que complican la gestión gubernamental. Uno de ellos es la ley del aborto, crónica de una discrepancia anunciada en la coalición. Pero hay otras de efectos prácticos más graves.

La reforma laboral es un nuevo ingrediente, sospecho que mayor al tributario, del “schok autónomo” de la política sobre la economía de que hablaba el domingo el Presidente del Banco Central. A días del cónclave, se vuelve prueba de fuego sobre la prioridad real dada por el gobierno y el cónclave a la inversión y el crecimiento. Por lo mismo, amenaza transformarse en campo de batalla sobre el camino futuro entre reformistas y claudicantes, retroexcavadores y reformistas moderados, sensibles a las realidades de la economía versus sensibilidades más ideológicas. En una situación ya crispada, lo que allí ocurra tendrá un efecto enorme en la credibilidad del giro y del nuevo gabinete. Esto ocurrirá en unos días más.

En los hechos, veo esta reforma más como una rezago del primer tiempo del gobierno que propio de un anunciado segundo tiempo. Todos los economistas de la derecha, de centro y de izquierda cuyas opiniones conozco, han manifestado su inquietud por aspectos concretos de la reforma laboral. Hago más las aprensiones hechas sobre ellas en carta

a La Tercera del domingo por figuras de insospechable lealtad a la NM: los economistas Eduardo Engel, Andrea Repetto, Joseph Ramos, Victor Tokman, y el dirigente sindical Eduardo Olivares.

Nuevamente percibo esa abismante incomunicación entre las realidades de la política y de la empresa. Lo diré en un testimonio. Para la política, para los que conocen de lejos a empresarios y trabajadores del sector privado, el reemplazo es una forma de hacer inefectiva la huelga, casi de mofarse de ella. He vivido con trabajadores y dirigentes sindicales la posibilidad de una huelga. Bajo mi presidencia, había sindicato en Metro, 20 sindicatos en Telefónica, Confederación Sindical en Iansa, 4 sindicatos en Puerto Ventanas, dos en Fepasa. Sospecho que hablo cotidianamente con trabajadores y dirigentes sindicales más que muchos de los que hoy legislan. Sé muy bien, al igual que los trabajadores del sector privado, que el reemplazo interno no anula el impacto de una huelga. Sobrarán trabajadores en la administración pública, pero no en las empresas; se podrán encontrar sustitutos temporales para alguna actividad, pero por algo existe el titular. El reemplazo interno bien regulado, solo impide dañar a la empresa, a sus dueños, trabajadores y ejecutivos. Tampoco los salmones pueden ayunar lo que dure una huelga, las cosechas hay que hacerlas cuando tocan si no se pierden, el Metro y el transporte pueden paralizar la ciudad, etc. Se habló de “campaña del terror” y de “patrañas” ante advertencias sobre las consecuencias de la reforma tributaria. Hoy nadie se disculpa por ello. Ojalá evitemos que tenga que venir el ministro Valdés u otro en un año más a resolver vía circulares y correcciones legales daños que duran incluso mucho después de ser corregidos.

Y debo agregar otro tema. Septiembre, es la fecha fijada por la Presidenta para iniciar el proceso constitucional. El gobierno da señales de querer encauzar y bajar de intensidad al tema, pero parlamentarios demandan definiciones, se agita una asamblea constituyente sin cauces definidos y muchos se emocionan con el sueño de emular a un Solón o un Licurgo(mostrar el seminario UCh). Mientras este proceso no termine, estarán debilitadas las certezas jurídicas e institucionales que siempre hemos proclamado como una de nuestras ventajas para la inversión privada nacional y extranjera.

La actitud de los inversionistas privados ya es manifiesta. Según el Banco Central en su IPOM de Junio 2015, la inversión pasó de ser algo más de un 26,6% del PIB en 2012 a seis trimestres de inversión negativa. Solo la incomprensión de la vida de las empresas o la mala intención, puede atribuir esto a boicot. No conozco a empresario dispuesto a perder para dañar. Actúan como cualquier ser humano cuando le alteran el entorno o lo hacen más incierto: revisa decisiones y espera a que las cosas se aclaren. El que no puede paralizar inversiones ya iniciadas o comprometidas seguirá haciéndolas pero será más reacio a emprender nuevas. Esperar a que las cosas se aclaren, es la opción de muchos para poder recalcular las rentabilidades nuevas con datos ciertos.

Pero hay una tercera realidad advertida por mi al PS en Octubre de 2014: la rentabilidad de la inversión en Chile se deterioró e hizo más incierta. El alegato de algunos políticos protestando que “no somos irresponsables” tiene menos credibilidad hoy que hace un año y medio. Comparativamente, las inversiones en Chile han sufrido un deterioro de su rentabilidad y certezas. Todo en momentos que la situación

internacional presiona en ese mismo preocupante sentido con China, el alza de tasas en EEUU, etc.

Como ven, vislumbro un panorama difícil. Diré algo sobre los caminos para intentar salir de esto. Pero en el corto plazo, a la luz de lo planteado, quiero insistir, no hay alternativa a buscar cargar la balanza a favor de los sectores mas responsables de la NM. La gobernabilidad del país se juega por ahora dentro de la NM.

Vienen elecciones municipales. Si no hay vuelcos en las inercias electorales los próximos meses, a la NM no lo irá mal en ellas. La abstención crecerá aun más, favoreciendo a los que cuenten con más voto duro. Y siempre la centroizquierda ha contado con más voto duro que la derecha. La derecha no capitaliza sus fracasos, quizás algún outsider.

Luego de las municipales, el país político entrará de lleno a un período de parlamentarias y presidenciales absolutamente distintas a las anteriores.

A diferencia de 2014, el escenario de la presidencial está abierto. Si las presidenciales se realizaran hoy, las dos figuras mejor proyectadas parecieran ser Piñera y MEO. No es una perspectiva cautivante para mi. Piñera fue un Presidente realizador, pero incapaz de hacer de sus ideas un sueño colectivo mayoritario, en cambio su gobierno ayudó a la izquierda a desembarazarse de esa cultura de responsabilidad con el buen gobierno con que llegó a los 90, reavivó sueños que creíamos en el pasado y excitó la ansiedad burocrática por volver al gobierno de cualquier forma.

Esa cualquier forma puede alinear a un grueso de la burocracia de NM tras el candidato que de más

garantías de permanecer en el gobierno. A eso apuesta MEO. A una primaria abierta, donde él pueda estar. Cada partido levanta a su candidato (ej; DC a Walker, PS a Isabel, PPD a C Toha, PC a C Vallejos, etc), escenario donde MEO lleva una ventaja de dos elecciones, apoyo ciudadano menos afectado por impactos negativos del gobierno de Bachelet y acción sistemática y prolongada de reclutamiento dentro de la NM. Creo que es una amenaza seria. Meo representa un populismo inescrupuloso y astuto.

Sin embargo, el tema no entrará a un terreno de definiciones hasta después de las municipales y como las alternativas hoy punteras no entusiasman a muchos, hay figuras en torno a las cuales se tejen esperanzas: Ricardo Lagos E, José Miguel Insulza e Isabel Allende. Entiendo que todos ellos consideran inoportuno aun proclamarse. Más bien presumo que trabajan “al cateo de la laucha”. De ellos, me gustará siempre más quien tenga una visión y un proyecto de país concreto, no retórico, capaz de provocar sueños de país y aglutinar tras de sí lo ahora escindido.

En las parlamentarias el escenario es más complejo. Las negociaciones para terminar con el binominal, tuvieron su mirada más puesta en el pasado que en el futuro. El objetivo fue terminar con él al precio que fuera.

Por las exigencias de Amplitud y otros parlamentarios sin tienda cuyo voto se necesitaba, la reforma aprobada incentiva la conformación de un parlamento más plural, con muchas listas y partidos. Para graficarlo, con 0,25% de los votantes en cualquier región del país es posible constituir un partido que levante candidato presidencial y parlamentarios en todo el territorio. Si esta sala cambiara su inscripción electoral a Aysén podría constituir hasta unos 5 partidos que levanten

candidaturas en todo el país. Así mismo, distritos más grandes entregan más cupos a la disputa en cada circunscripción y el desprestigio de los partidos tradicionales esta en su pick. Tendremos un poder legislativo más ingobernable que antes. Solo para graficar, el Polígrafo de El Mercurio del 21 de Junio pasado, investigó y trae una lista de 13 nuevos partidos deseosos de competir en el debut del nuevo sistema política que reemplaza al binominal, además de los 7 que ya conocemos.

No es gratis para un país equivocarse diagnósticos y rumbos. Por eso quiero hacerles una invocación.

Las secuelas de un mala comprensión y procesamiento de los cambios de realidad, no acaban en un cambio de gabinete. Los daños a la economía y a las personas, perduran más allá en el tiempo aunque todos lleguen a la conclusión que cometieron un error, que tampoco es el caso.

Pero es impropio del protagonismo de la empresa y de una sociedad que se proclama empoderada, esperar todo de la política. Hoy tiene menos sentido que nunca. Por eso quiero destacar en medio de tanta confusión, rasgos de nuestra sociedad que esperan y motivan a quienes tengamos la voluntad de contribuir a salir de esto.

La semana pasada se entregó una encuesta de Radio Cooperativa, Imaginación y U Central. Sobre la política un 78,5% dijo tener mala o muy mala opinión y solo un 2,2% dijo tenerla buena o muy buena. En cuanto a la empresa privada, un 34,9% dijo tener mala o muy mala opinión, un 46,5% opinión regular y un 16,7%, buena o muy buena opinión. Como ven, es asombrosa la diferencia de juicio sobre ambos. Quizás, es cierto, si se preguntara por la gran empresa los resultados

serían distintos. Pero eso solo nos hablaría del importante rol de las pymes organizadas, presentes en todas las regiones y barrios, orgullosas de sus logros, no mendicantes sino exigentes en sus planteamientos.

La empresa, si se lo propone, tiene más potencial que la política para recuperar posiciones y legitimidades en la sociedades si juega sus roles bien.

La verdad es que esta coyuntura abre un desafío nuevo para las empresas. Sus ejecutivos y dueños suelen entender su rol social más bien acotado a hacer bien las cosas en sus emprendimientos. Pero es la actividad empresarial en su conjunto la que sufre cuestionamientos. No basta que cada uno se encierre dentro de los muros de sus empresas. Se necesita una acción común de ellas con la sociedad. Lo que la empresa no defiende o explique de si misma, no lo harán otros.

Emprenderlo requiere aprender la lección y trabajar con diagnósticos certeros sobre lo que ocurre. Y en esto quiero entregar otras pistas esperanzadoras:

Primero, ese fenómeno central de la política que es la nueva clase media emergente, no esta radicalizada. Reclama más espacio social y económico en nuestra realidad y no un cambio de modelo. Valora el diálogo y no la confrontación. Es moderada, no exaltada. Critica menos la empresa que a la política. Cree que sus logros, grandes por cierto, se deben más a ellos que a la política. Temen por sobretodo perder lo que les ha costado conseguir, por ende son sus amenazas el desempleo y la delincuencia.

Han surgido voces afirmando que la gente quiere reformas aun más radicales que las del gobierno. Existe gente así, pero basta



mirar un poco las reacciones y la catarata de encuestas de opinión, para entender que ese sector radicalizado solo es mayoría en la mente de claustro de algunos. Con eso no minimizo el problema. Hay un movimiento político social antisistema, con presencia en terminales portuarios, transporte, estudiantes, etc, que amenaza y tironea desde la izquierda a PC y PS. Pero otro es el cauce principal de un pueblo que, recordando a Marx, tiene algo más que cadenas que perder.

Segundo, la ciudadanía quiere reformas que acojan sus anhelos. Toda la discusión sobre las reformas ha sido mentirosa. La discusión relevante no es entre los partidarios de las reformas y sus enemigos. Estos últimos son muy minoritarios. Es entre las reformas que la sociedad quiere y aquellas que la política le impuso. La empresa no debe asociarse con oposición a las reformas sino con reformas de sello ciudadano y responsable, lo que supone de paso, actuar en consecuencia para reformarse a si misma en lo que pueda fallar.

Tercero, tenemos una sociedad más sabia, más comunicada e informada, desconfiada, que comulga menos con ruedas de carreta, especialmente con aquellas que provienen de una política que desprecian. Tampoco aprecia mucho a la empresa y es deber de ella ajustar sus prácticas a esta nueva sociedad. Es más que RSE. La empresa con su obra y su mensaje debe convencer sobre su rol social hoy discutido. No es malo preguntarse que entiende por “abuso” y tratar de remediarlo.

Cuarto, la empresa debe dialogar con la política. No solo con las autoridades que tienen que ver con sus intereses sectoriales. Uno de los rasgos perversos de esta relación incestuosa entre empresa y política para el financiamiento de la última, es que la

política, muy extendidamente solo la ve como fuente de aportes, sea para sí como candidato, sea vía tributación para repartir más. Eso debe cambiar, Si los empresarios no comunican su verdad amplia y personalmente, la política arriesga pensar la empresa desde sus intereses cortos, desde la ignorancia y el prejuicio, desde esa fracción del país que recurre a ellos para pedir que intercedan por algo. Dialoguen con ella. La calidad humana, la honestidad, la inteligencia, están mejor distribuidas que la riqueza en la política, en la empresa, en toda la vida social.

Quinto, en esta tarea, ahora colectiva, las pymes desparramadas por todo el territorio, más aceptadas en las comunidades, juegan un papel muy valioso si tienen más fe en si mismas que en la mano del estado y actúan con dignidad.

Un párrafo de cierre.

Quisiera que recordaran siempre que política y empresa privada no son prescindibles en el mundo del siglo XXI. El violento siglo XX nos enseñó que la ausencia de democracia y por ende de políticos electos terminaba en un prolongado mal para sus pueblos; y también nos legó la tragedia y miseria de aquellos países que pretendieron imponer modelos de economía sin empresa privada. Hoy, solo cuando la sociedad entiende que todo el edificio se sostiene en la comprensión, valoración y respeto mutuos de los roles de ambos, le va bien a las mayorías. Chile es una obra de todos, pero la responsabilidad de todos no es igual.

Muchas gracias